

BIBLIOGRAFIA

Historia de la Filosofía. Ideas, doctrinas. Dirigida por François Châtelet. Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1976, 4 vols.

El género de los escritos en colaboración que tanto terreno va ganando últimamente ofrece ciertas ventajas e inconvenientes cuando se aplica a la Historia de la filosofía como es el caso de la presente obra. Por lo general este tipo de composiciones promete una información más objetiva y diversificada, al ser expuesto cada autor o tendencia por un especialista en la materia. Pero, en contrapartida, la multiplicidad de enfoques, métodos y conclusiones hacen de las mismas un mosaico de interpretaciones, aspecto éste que, si bien puede no ser nocivo para los historiadores, sí lo es, en cambio, para la filosofía. Para la consideración de "sido" que proyecta la Historia sobre todos sus objetos puede no resultar deformante, sino enriquecedora, la discordancia de interpretaciones, pues los objetos yacen ante los ojos del historiador como decía Sócrates que quedan los escritos: mudos, irreferentes e indefensos (Fedro 275 a); y, en consecuencia, cualquier uso de los mismos, aunque quepa establecer una gradación entre ellos, los llena de significación y vida. En cambio, para la filosofía, que considera el pensamiento como una realidad viva por sí misma y dotada de significación propia, a la par que como una actividad sumamente unitaria, un aglomerado de interpretaciones sólo sirve para aumentar el grado de confusión

que la disparidad de las doctrinas filosóficas tiende a crear entre los no filósofos. En este sentido puede afirmarse que, por lo general, las Historias de la filosofía escritas en colaboración propenden a un enfoque más histórico que filosófico del mismo acontecer de la filosofía, enfoque que, si es verdad que es posible y útil en ciertos casos y aspectos, también es verdad que está desajustado a su objeto y resbala superficialmente sobre él.

El director de la presente reunión de estudios, F. Châtelet, parece haber tenido muy en cuenta la posible heterogeneidad de una obra en colaboración y sale al paso de la dificultad intentando compensarla con una serie de prefacios y conclusiones antes y después de cada una de las partes, que son ocho, además de una introducción y conclusión generales. Puede decirse, por tanto, que la obra presenta una estructura homogénea por lo que hace a su concepción, y que en su conjunto no es sino el reflejo del concepto que de la filosofía y su historia tiene F. Châtelet. Me detendré en el examen del mismo para decantar la orientación que ha inspirado la composición de esta singular Historia de la filosofía.

F. Châtelet entiende que la Historia de la filosofía es asunto exclusivo de Historia, y no porque utilice el orden cronológico como método de clasificación de autores y doctrinas (p. 7), ni tampoco porque sostenga que la filosofía es inseparable de la cultura y usos sociales (p. 9), sino fundamentalmente por

BIBLIOGRAFIA

entender que la "filosofía de las doctrinas" está ya muerta (vol. IV, p. 605). La "filosofía de las doctrinas" en cuanto que finada es pasto de la Historia, pero de una Historia cuyo problema no es tanto el de su carácter científico cuanto el de su función social y política, es decir, para la cual lo importante no es la verdad, sino lo utilizable pragmáticamente aquí y ahora (vo. IV, p. 189). Como "perro muerto" al que sólo lloran sus pulgas (los servidores del Estado y de las instituciones establecidas, pues toda filosofía doctrinal es conservadora y retrógrada), la filosofía queda sin sentido ni valor propios, sólo apta para ser manipulada convenientemente.

Esta concepción es la que preside, igualmente, la selección informativa que fue determinada en común por los colaboradores, señalando los temas y el interés central (p. 8), y cuya característica más notoria es la arbitrariedad. Citaré algunos ejemplos.

A los nueve siglos de filosofía antigua, aquí curiosamente denominada "pagana", se le dedican 214 páginas, incluidos prólogo y conclusión, y a la filosofía medieval, que abarca quince siglos en esta obra, se le conceden 172; en cambio, 293 páginas se ocupan de la llamada "filosofía de las ciencias sociales" cuyo contenido versa sobre Psicología, Sociología, Etnografía, Historia, Geografía y Lingüística, disciplinas éstas que ni tradicionalmente —único criterio diferencial ofrecido en la obra para la filosofía (p. 8)— ni lógica-

mente son de la incumbencia de una Historia de la filosofía.

"Ibn Jaldun, fundador de la ciencia histórica y de la sociología" merece 22 páginas, mientras que a Averroes y a Avicena se le dedican 2 y 6 páginas respectivamente. Occam es expuesto en 19 páginas, Tomás de Aquino en 4 y Duns Escoto en menos de 1. Tomás Müntzer recibe un tratamiento aparte y de 20 páginas, pero autores de primera magnitud filosófica como Nicolás de Cusa y Giordano Bruno son integrados en un estudio sobre el Renacimiento con sólo 23 páginas en total. Se presta más atención a Cournot que a Schopenhauer o a Kierkegaard. La "Química y Biología en el siglo XIX" tiene más importancia cuantitativa que Kant o Hegel para esta Historia de la filosofía.

En cuanto a los estudios especializados, junto a trabajos serios y objetivos, como los de Aubenque, Alquié, Scherer, Duchesneau etc., cuyas síntesis están a la altura de los buenos manuales aparecen también salpicaduras de arbitrariedad, bien en forma de alusiones intempestivas o ideológicas (véanse a título de ejemplo las pp. 64 y 125 del vol. I, las 270 y 361 del vol. III y la 493 del vol. IV), bien bajo interpretaciones parciales y tendenciosas, como por ejemplo la de "Spinoza o una filosofía política al modo de Galileo" que invierte claramente el sentido de la filosofía de Spinoza, o como la de un Sócrates crítico de la ideología de su época y dialéctico de la protesta (vol. I, pp. 85 y 89), o la de un Platón

BIBLIOGRAFIA

que substituye a los dioses por la razón, es decir, que inaugura la filosofía como saber represivo.

La intención de la obra se aclara muy cerca del final con la siguiente tesis: "An-arquía no significa ausencia de organización, de conocimientos controlados, sino rechazo de toda *arche*, de todo principio reconocido como soberano legítimo" (vol. IV, pp. 606). Es curioso y sintomático que al final de una Historia de la filosofía se llegue a una conclusión diametralmente opuesta al punto de partida por donde arrancaron los griegos a filosofar. La anarquía se define no sólo literalmente, sino realmente, por su contrario. Es una pena que quien ha sabido comprender que no basta refutar a Platón para superarlo (vol. I, p. 123), no caiga en la cuenta de que la negación o crítica no es ningún tipo de superación. Esa actitud revela únicamente una sensación de escarmiento que nada tiene que ver con la filosofía y sí con la disposición poco madura de quien sabe lo que no quiere, pero no sabe lo que quiere, o al menos no sabe lo que puede querer de la filosofía, cuya finalidad jamás fue el éxito o la práctica.

Tal anarquía o falta de respeto (vol. IV, pp. 604-5) programática, que no es sino arbitrariedad, hace que esta obra no sea, como cabe esperar de una Historia de la filosofía, una fuente de información objetiva e imparcial sobre el conjunto de la misma.

IGNACIO FALGUERAS

HUME, David, *Tratado de la Naturaleza Humana*, trad. de Félix Duque, 2 vols. Editora Nacional, Madrid 1977.

Desde 1923, año en que aparece la traducción española del *Treatise* realizada por Vicente Viqueira, no se había vuelto a verter en nuestra lengua esta obra de Hume, que pasa por ser una de las más destacadas de su producción. Aquella traducción, empero, no es completa y carece de notas críticas. De ahí que resulte obligado afirmar que nos encontramos ante la primera edición española, íntegra y dotada de aparato crítico, del *Treatise* humeano.

La presente traducción, que viene a cubrir un importante hueco dentro de la literatura filosófica en lengua española, se ha hecho sobre la base de la reimpresión del texto original editada por Selby-Bigge (Oxford at the Clarendon Press, 1975). Junto a ella, se han tenido en cuenta la de Green Grose (Scientia Verlag. Aalen, 1964) y la de Everyman's Library (Londres, 1911). Para contrastar algunos pasajes especialmente delicados, se ha recurrido a la versión española, ya mencionada, de Vicente Viqueira (Calpe. Madrid, 1923) y a la francesa de Leroy (Aubied, éd. Moutaigne. Paris, 1946).

El trabajo de traducción que realiza Félix Duque es digno de encomio; sobre todo, por la justeza con que se atiende al texto original. Se observa un esfuerzo constante por fijar de manera adecuada la terminología, tratando de encontrar la expresión